

tes por medio de concesiones. Pero habiendo fracasado, en parte, el crimen, temió su venganza (pues en seguida fueron adivinados los principales autores del atentado), sobre todo en vista de la indignación que se apoderó de los hugonotes. Los nobles protestantes que residían en París se deshicieron en sediciosas amenazas contra la reina madre y contra el mismo soberano (1). Catalina vió entonces confirmado todo cuanto siete años antes le habían anunciado los diplomáticos de Felipe; de aquí que naturalmente se inclinara á los planes que le habían propuesto en aquella ocasión, decidiendo acabar con los hugonotes para salvarse á sí misma y para salvar á sus amigos y á su partido. La ocasión que se le presentaba para ello era en extremo favorable. La nobleza protestante había acudido en masa á París, con motivo de las bodas que debían celebrarse entre Enrique de Navarra y Margarita de Valois (18 de agosto de 1572), para la conmemoración de cuyo suceso se acuñó una medalla que llevaba esta irrisoria inscripción *Constricta hoc discordia vinclo*: no había, pues, mas que echar la red como hacia tiempo Roma y España se lo venían aconsejando á Catalina y á su camarilla, pues los caudillos del partido fanático católico habían declarado, desde la entrevista de Bayona, que estaban dispuestos á cualquier golpe de mano que se proyectara contra los odiados hugonotes.

El rey, ignorante de todas estas intrigas, se mostraba altamente indignado por el atentado cometido contra Coligny y dispuesto á castigarlo, y así lo manifestó no solo al almirante sino á los gobernadores y embajadores. Este era el mayor peligro que podía ofrecerse á los instigadores del crimen; pero entonces el de Anjou y Catalina le participaron ser ellos los autores del atentado disculpándose con los peligros que ofrecía la persona del almirante y haciéndole ver que este y todos los hugonotes, en su sed de venganza, promoverían una guerra civil, guerra que, en el estado de cosas existente, solo podía evitarse acabando con todos los protestantes ó á lo menos con los de mas importancia. El rey por de pronto se opuso á este proyecto (2) porque tenía simpatías á

posteriores declaraciones del rey (*Discurso del rey Enrique III á un personaje de honor y de calidad* (su médico Mirou), sobre las causas y motivos de la *Saint Barthelemy*: Petiot XLIV, 496), sino también por un despacho del nuncio Salviati, de 24 de agosto de 1572. Este último dice textualmente: *Se l'archibugicita ammazava subito l'Almiraglio, non mi risolve á credere que si fusse fatto tanto á un pezzo*. La autenticidad del citado discurso de Enrique III ha sido demostrada por Bagenault de Puchesse (*Revista de Cuestiones históricas* de julio de 1880, pág. 278) y por Loiseleur (*Revista histórica* de enero y febrero de 1881, pág. 86). Acerca de esto hace notar con razón Ramée, en la nota primera de la página 94 de su obra *Las bodas encarnadas* (París 1877), que el discurso coincide perfectamente con la *Memoria de los diálogos sostenidos en Heidelberg por Enrique III y el príncipe elector Federico III*, firmada de puño y letra de este último en 12 de diciembre de 1573 (*Monumenta pietatis et litteraria* Francfort 1701, I, 311 á 318). De suerte que no cabe duda alguna acerca de la autenticidad del discurso. En él así como en los Diálogos, desempeña Enrique un papel tan bajo, que no puede creerse pretendiera en ellos faltar á la verdad.

(1) Véase, entre otras obras, la Memoria de la reina Margarita y los despachos de los embajadores venecianos Michieli y Cavalli (*La Ferrière El siglo XVI y los Valois*, pág. 320).

(2) «Por espacio de mas de hora y media,» según dice el embajador veneciano Segismundo Cavalli (Alberi I, IV, 328), cuya opinión coincide con la que hemos expuesto. Enrique de Anjou participó después al príncipe elector del Palatinado con gran exageración, que el rey solo había tenido noticia del hecho proyectado tres horas antes de llevarse á cabo (Ramée, pág. 119, nota). No es cierto que el secretario de la embajada española, Olaeui (*Boletín de la Academia de Bruselas*, I, XVI, I, 251), indujese al preboste de los mercaderes, Marcel, á presentarse en 22 de agosto ante el rey para conseguir de él la orden de la matanza. Las actas de la Casa de la Ciudad de París (*Archivos curiosos*, VII, 211) dicen expresamente que el preboste de los mercaderes fué llamado á la tarde siguiente (23 de agosto) por el rey, el cual, en presencia de la reina madre, del de Anjou y de otros príncipes y seño-

muchos caudillos hugonotes (3); pero como su madre, sus hermanos y sus amigos católicos, tan influyentes, le amenazaban con un completo rompimiento, y como, por otra parte, comprendía los horrores que consigo traería la guerra civil que necesariamente había de estallar, el miedo, el amor á los suyos y el hábito de obedecer á su madre le decidieron. Apasionado y voluble como era, la excitación que de él se apoderó iba cada vez en aumento, queriendo ver ya aniquilados á los hugonotes, pues de esta suerte á lo menos quedaría para siempre tranquilo.

El preboste de los mercaderes de París, llamado precipitadamente á palacio, prometió la cooperación de muchos millares de ciudadanos; y en efecto, la fanática población de París ofreció instrumentos completamente dispuestos á cometer aquella infamia. La nobleza católica, especialmente la familia de los Guisas y el duque de Montpensier, las tropas reales y los jefes de los barrios de París con sus milicias, dieron el ejemplo, y á ellos se unieron todos los elementos del pueblo que deseaban el exterminio de los hugonotes (4). Sabido es cuán rápidamente se propaga la sed de sangre entre una población apasionada. En la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 (noche de San Bartolomé), fueron asesinados primero Coligny, y luego, al amanecer, cuantos hugonotes pudieron ser habidos, en número, por lo menos, de dos mil. La matanza duró dos días, no siendo perdonados ni las mujeres ni los niños. Cada cual asesinaba á quien quería y saqueaba luego sus bienes, y algunos de los asesinados llegaron á juntar un botín de 10,000 florines de oro. Al fanatismo se unía, pues, la mas vil de las codicias. Los dos príncipes, Enrique de Navarra y Enrique de Condé, se salvaron por haberse resignado á ingresar en la religión católica, pero se les detuvo como presos en la corte. *Beatus qui non flevit in me scandalizatus*, mandó decir Catalina al duque de Alba, como si le remordiera la conciencia (5).

Estos horrores no se circunscribieron á París, sino que hallaron eco en las provincias. Según la voluntad del rey, no debía quedar ningún hugonote que pudiera echarle en cara aquel suceso; y mientras oficialmente daba hipócritas órdenes para que se cumpliera el edicto de paz, enviaba instrucciones verbales y confidenciales á sus gobernadores mandándoles todo lo contrario, es decir, encargándoles que todos cuantos fueran tenidos por hugonotes, fuesen atacados y perseguidos como enemigos de la corona. La matanza duró algunas semanas (6): inútil sería querer describir las sangrien-

res, le enteró de la pretendida conjuración de los hugonotes y le ordenó que preparara toda la población armada de la ciudad para hacerla abortar.

(3) La reina Margarita se expresa en los términos siguientes (Mich. et Pouj. I, X, 408): «El rey Carlos profesaba afecto á Mr. de la Rochefoucault, á Teligny, á La Noue y á algunos otros jefes de la Religión. Y por lo que posteriormente le oí decir á él mismo, costó mucho trabajo hacerle consentir (en la matanza); y á no haberse hecho comprender que iba en ello su vida y su Estado, no lo hubiera consentido nunca.»—Consumado el hecho, Felipe II felicitó á Catalina y á Anjou, porque «ellos fueron los principales en la deliberación.»

(4) El mismo celoso protestante Juan de Serres, que creía que la Noche de San Bartolomé había sido preparada con gran anticipación, confiesa que los preparativos inmediatos se hicieron en la tarde y noche del 23 de agosto, y que á media noche se reunieron los asesores y jefes de barrio. Olaeui, el tantas veces citado secretario de la embajada española, dice que la nobleza católica no fué enterada por el rey de lo que acontecía, hasta la media noche del 23.

(5) *Boletín de la Noche de San Bartolomé redactado por el duque de Alba*: publicado por Gachard en el Boletín de la Academia de Bruselas de 1842, IX, I, 560. Este documento del duque de Alba carece de valor histórico y fué escrito según los datos y deseos de la embajada española en París.

(6) Véase Héctor de La Ferrière *La Normandía en el extranjero* (París 1873), pág. 207.—Raumer, *Cartas de París*, I, 297.



LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ
 COPIA DEL CUADRO PINTADO EN MADRERA POR FRANCISCO DUBOIS D'AMIENS, ACURTO EN GINEBRA EN 1854. EL ORIGINAL, QUE MIDE 1,55 METRO DE ANCHO POR 1,05 DE ALTO, SE CONSERVA EN EL MUSEO ABLAUD EN LAUSANA (SUIZA)

tas escenas que ocurrieron; baste decir que en provincias fueron asesinados 30,000 hugonotes, número que algunos hacen llegar á 60,000. Varios gobernadores, especialmente en las comarcas meridionales, se atrevieron, sin embargo, á oponerse, en nombre de los sentimientos humanos y de la justicia, á los mandatos del soberano; pero en todas partes se prohibió á los protestantes el ejercicio de su religion.

La primera impresion que aquel acontecimiento produjo, fué de horror general. Millares de hugonotes abjuraron de su religion para salvar sus vidas, y á millares tambien huyeron á Inglaterra, Suiza y Alemania. Catalina creyó haber triunfado, y al tomar de nuevo las riendas del gobierno, despues de los horrores del 24 de agosto, tenia la esperanza de haber acabado con la Reforma en Francia. Roma celebró con festejos y con medallas conmemorativas la sangrien-

ta extirpacion de la herejía en las Galias. Igual satisfaccion manifestó Felipe II, no solo por fanatismo religioso, sino por haber conseguido atraer definitivamente á la Francia á su política. Así opinaba tambien la Europa entera. Todas las naciones que no eran ciegamente adictas á España condenaron los asesinatos de la Noche de San Bartolomé, no solo como una crueldad infame, sino como una locura que hacia á la Francia esclava de España y á Felipe II señor de todos los demás príncipes (1).

Pero amigos y adversarios se engañaban.

En medio de la desesperacion general de los hugonotes franceses, la ciudad de la Rochela inició la resistencia. Este puerto fortificado y habitado por una robusta y enérgica poblacion marina, fué el baluarte de la Reforma francesa, cuyo ejemplo animó á otras ciudades protestantes, como Ni-

MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ



Mandada acuñar por Cárlos IX de Francia

Mandada acuñar por el papa Gregorio XIII

mes, Montauban y Sancerre, que se aprestaron á una vigorosa resistencia. Entonces acudieron de todos lados los nobles que habian huido ó se habian escondido y se refugiaron dentro de aquellas ciudades para defender con la espada sus creencias. En aquella ocasion, la pluma no hizo menos que las armas: Hotman, en su apasionado folleto *De furoribus Gallicis*, se lamentó ante toda la Europa de los horrores de la Noche de San Bartolomé. El espíritu de Calvino animaba á todas aquellas masas que preferian morir antes que renegar vilmente de sus creencias. El heroico La Noue, en cuanto pudo librarse de la prision en que le tenia el duque de Alba, se puso al frente de los ciudadanos de la Rochela; el protestantismo francés habia conservado todo su esplendor, en medio de la terrible crisis por que habia pasado. Catalina de Médicis y Cárlos IX, y en esto se reconoce la obra de la inexorable Nemesis, habian producido aquello mismo que quisieron evitar con la matanza, es á saber: que estallara una nueva y cuarta guerra civil religiosa.

Cinco meses tuvieron los protestantes para reponerse del terror del primer momento y para agruparse nuevamente. Pasado aquel tiempo, el general de artillería, Biron, atacó á la Rochela, uniéndosele muy pronto el mismo Enrique de Anjou que marchaba al frente de fuerzas considerables. Esto no obstante, el sitio no adelantaba: la ciudad se defendia con el mayor heroísmo, y las disensiones comenzaban á dejarse sentir en el real campamento. El propio hermano del de Anjou, el duque Francisco de Alençon, y con él muchos soldados, se inclinaba á los protestantes, y muchos eran los que miraban con aversion á los verdugos de la noche de San Bartolomé. Lo propio acontecia en los sitios de las demás ciudades protestantes, que no avanzaban nada, á pesar de que el ejército real se componia de 50,000 hombres.

(1) Véase, por ejemplo, el notable documento de Du Ferriers, embajador francés en Viena, de 16 de setiembre de 1572; La Ferrière, *El siglo XVI y los Valois*, pág. 327.

Esta enérgica resistencia de los hugonotes hizo que la corte se inclinara á ideas mas conciliadoras, á lo cual contribuyeron tambien algunas consideraciones acerca de la política exterior. Catalina, á pesar de la Noche de San Bartolomé, acariciaba nuevamente el plan de Coligny de aliarse con Inglaterra y con los sublevados de los Países Bajos, y habia procurado tambien, por medio de mentidas protestas de amistad, mantener las buenas relaciones con los protestantes alemanes. En Polonia, el de Anjou aspiraba á ocupar el trono, entonces vacante, y se mostraba dispuesto á proteger al partido protestante polaco, al cual era tan contrario su principal contrincante, el gran duque Ernesto de Austria (2). Elegido Anjou rey de Polonia, en 9 de mayo de 1573, dejó de interesarse por los asuntos de Francia, firmando con sus enemigos de la Rochela un tratado de paz que, ante el rompimiento con que amenazaba Isabel de Inglaterra, fué ratificado en 30 de junio por el rey y se publicó despues en forma de ley, como edicto de Boulogne.

Este edicto no era muy ventajoso para los hugonotes, pues por él solo se permitia el ejercicio del culto reformado á la nobleza y á las ciudades de Nimes, la Rochela y Montauban, y solo se reconocia la libertad personal de conciencia. Difícil era adivinar cuánto tiempo duraria semejante tratado, y por tanto era de suma importancia que las tres mencionadas ciudades se viesen libres de guarnicion real, y formasen el centro y el baluarte para el caso de un nuevo levantamiento de los hugonotes.

Las comarcas protestantes del Sur se mostraron descontentas con este tratado, y se organizaron para una resistencia permanente, formando una milicia de 20,000 hombres, uniéndose con los hugonotes del Delfinado, y tomando, en una palabra, una actitud amenazadora.

Este atrevido ejemplo de los hugonotes, que el éxito coro-

(2) De Noailles, *Enrique de Valois y la Polonia de 1572*. Tres partes: Paris 1867.

nó en parte, inició y alentó el nuevo incremento que tomó el partido intermedio de los *politicos*, que casi había desaparecido á raíz de los acontecimientos de 1572. Al frente de este partido se puso un príncipe de la sangre, un hermano del rey, Francisco de Alençon, personaje frívolo y vanidoso, sin convicciones políticas ni religiosas, poseído tan solo del odio á su hermano mayor, el duque de Anjou, y animado además de la esperanza de casarse con la protestante Isabel de Inglaterra. El gobierno de Carlos IX y de Catalina de Médicis no pudo librarse de la influencia de los políticos y envió en su consecuencia al príncipe de Orange 100,000 florines de oro, apoyándole además con tropas francesas. Carlos IX pretendía, en competencia con los Habsburgos, el título de rey de Romanos, pretension que tenía pocas probabilidades de éxito. Francia no podía hacer entonces mas que ponerse en pugna con los Habsburgos: ¡la política de Catalina de Médicis seguía la senda trazada por Coligny!

Mientras de este modo era glorificada la memoria del almirante por sus propios enemigos, la situación interior de Francia ofrecía un aspecto desconsolador: por todas partes se encontraban ruinas de aldeas y castillos destruidos; el país se hallaba, en gran parte, sin cultivo; el número de cabezas de ganado se había disminuido considerablemente, y en cambio abundaban los holgazanes y vagabundos acostumbrados á la guerra y á la rapiña y peligrosos para los viajeros y labradores. Cada provincia, cada ciudad y aun cada casa estaban divididas en facciones hostiles: efecto del furor de los partidos políticos. Los soldados, no solo los que estaban en activo servicio, sino aun los licenciados, vivían á costa de los ciudadanos pacíficos (1).

La matanza del 24 de agosto, además de ser inútil había sido perjudicial, y esto aumentaba los remordimientos de Carlos IX, que se volvió huraño y brusco, no atreviéndose á mirar á nadie cara á cara y rebelándose á menudo, por lo menos de palabra, contra la autoridad de su propia madre que había sido la instigadora de aquella infamia. El rey observó que, tan luego como se hubieron disipado la primera indignación y el primer terror, todos los hombres respetables é influyentes de la nación miraron con repulsion y desprecio aquel hecho, así como al que lo había consentido y hasta exigido. No volvió á gozar ya de tranquilidad ni de reposo, pues cuando se dormía creía oír los aullidos de los verdugos y los gritos de desesperación de las víctimas. No quiso volver á la vida intelectual, abandonando todos los negocios á su madre, á la cual no profesaba amor alguno; procuró, por medio de violentos ejercicios corporales, adormecer su conciencia y conciliar el sueño: entregóse por completo á la caza, y llegó á estar por espacio de seis días doce y catorce horas á caballo. Cuando no podía cazar tiraba las armas ó jugaba á la pelota, ó permanecía dos y cuatro horas golpeando en un yunque con un colosal martillo (2).

Por todas partes se oían quejas contra el gobierno de la reina madre y de sus italianos, que conferían los cargos y honores á personas indignas, aumentaban de un modo excesivo los impuestos y dilapidaban los fondos del Estado. Los *politicos* se inclinaban cada vez mas á los hugonotes, los cuales celebraron, en diciembre de 1572, en Milhaud, una asamblea, de la cual toda la Francia reformada se declaró solidariamente aliada, y que organizó la corporación protestante, á manera de Estado, en determinados distritos. Esta unión y la tendencia política y militar que se imprimió á la comunión reformista en Francia, la salvaron, aunque estaba en minoría, de las consecuencias que para ella podía traer

(1) *Relacion de Segismundo Cavalli*, Alberi, I, IV, 314.
(2) *Relacion de Juan Michiel* (1572), Alberi, I, IV, 303.

la enemistad de una mayoría considerable y de los poderes públicos.

El notable folleto *Franco-Gallia*, de Francisco Hotman que había huido á Ginebra, fué una elocuente expresión de las opiniones de los hugonotes: en él se probaba, con datos de la historia de Francia, la injusticia del absolutismo monárquico y el derecho de oponerle una resistencia armada. Así se enlazó con el protestantismo el espíritu democrático republicano, resucitado por el estudio de la antigüedad. Las doctrinas históricas y jurídicas que se defendían en el libro de Hotman fueron aceptadas, no solo por los protestantes, sino por muchos *politicos*; la opinión pública se mostraba indignada contra aquella monarquía que, bajo la dirección de la florentina, amenazaba trocarse en una verdadera tiranía italiana. La nación de los francos, que nunca había sido esclava de sus reyes, ¿debía llegar hasta el punto de no poderse entregar sus ciudadanos tranquilamente al sueño por temor de ser asesinados durante la noche? La alta aristocracia comenzó á oponer resistencia al despotismo, y uno de los caudillos de los *politicos*, el gobernador del Poitou, de la Haye, promovió la sublevación. El duque de Alençon y el rey de Navarra proyectaron abandonar la corte y dar, con ello, la señal de un levantamiento general de políticos y hugonotes.

El plan fué descubierto por un traidor, y en su consecuencia fueron encarcelados los príncipes, y ejecutados algunos de sus amigos; pero esto no impidió que las comarcas meridionales y occidentales se levantaran de nuevo en armas. Enrique de Condé, que había huido á Estrasburgo é ingresado nuevamente en el protestantismo, aprestóse á reclutar tropas auxiliares alemanas y suizas y á ponerse al frente de los descontentos. Muchos jefes de los *politicos*, entre ellos Montmorency-Thoré, Meru y Turena, se unieron á él, y los ingleses le enviaron auxilios.

Estos fatales acontecimientos contribuyeron á que empeorara la salud del rey, el cual, consumido por el exceso de ejercicios corporales, y por la agitación interior, se encontró postrado por una tisis en el castillo de Vincennes. Durante los últimos meses de su vida, se dedicó á trabajos literarios sobre su ocupación favorita, escribiendo su *Livre du Roy Charles*, tratado de historia natural y de la caza del ciervo (3). De él llevaba escritos veintinueve capítulos, cuando su enfermedad le impidió continuar aquella obra bien concebida y notablemente redactada. Carlos murió en 30 de mayo de 1574, cuando aun no había cumplido veinticuatro años, sin dejar hijos varones legítimos. Su única hija murió poco después á la edad de seis años. Nunca pudo aquel rey librarse por completo de la autoridad de su madre, pues en sus mismos últimos momentos nombró á esta regente del reino hasta que regresara de Polonia su hermano Enrique. No puede darse soberanía mas desdichada que la del segundo hijo de Enrique II. Si su debilidad hubiese sido bien dirigida, Carlos hubiera llegado á ser, sino un rey notable, un soberano bueno y bien querido, pues, en medio de sus pasiones y vacilaciones, no dejaba de tener algunos rasgos magnánimos. Pero el egoísmo de Catalina y la ambición sin remordimientos que á esta distinguían habían lanzado al joven rey por una senda tan funesta para él como para su reino.

Catalina no sintió pena alguna por la muerte de su hijo, el cual en los últimos tiempos de su vida contrariaba á menudo sus planes. ¡Ya volvía á ser regente! Su timidez é indecisión contrastaban con su actividad en la vida de los negocios: en estos se mostraba infatigable y no pensaba ni hablaba, aun en la mesa y en los paseos, de otra cosa mas

(3) Publicado por Chevreur, Paris 1859.

que de los asuntos de Estado (1). Gobernó en circunstancias excepcionalmente favorables: tenía prisioneros á los dos príncipes de Alençon y de Navarra que eran los que mas podían combatir su poder, y á otro jefe de los *politicos*, Francisco de Montmorency, hijo del condestable y hombre muy católico, pero enemigo, como su padre, de los Guisas. Sin embargo, no tuvo tiempo de realizar sus planes contra los hugonotes y los *politicos* reunidos, de los cuales era mortal enemigo; pues apenas Enrique de Anjou, entonces ya Enrique III, supo la muerte de su hermano, abandonó su reino de Polonia, que no le había satisfecho, para ser soberano de su patria por la cual tanto había suspirado. En la noche del 10 de junio salió de Cracovia y llegó á Francia, después de haberse detenido en Venecia, donde su presencia fué celebrada con fiestas, en las cuales se mostró la reina de los mares en todo el esplendor de su riqueza, de su imaginación y de su cultura artísticas.

Enrique contaba apenas veintitres años, pero estaba gastado como su hermano (2). El éxito que, en su juventud, habían tenido sus hechos de armas, había contribuido á que se formara de él una opinión elevada que estuvo muy lejos de justificar. El único rasgo enérgico que había conservado era la ambición; quería ser rey único, y con este objeto arrebató á su madre todo el poder que hacia cuarenta años estaba ejerciendo. A pesar de su excelente educación, de su afición á la ciencia, á la poesía y á las artes, y del talento con que le había dotado la naturaleza, era de condición frívola, indiferente y corporal é intelectualmente perezosa. Detestaba la caza casi tanto como el cuidado de las cosas del gobierno; gustábase estar rodeado de mujeres; vestía con elegancia afeminada y llevaba dos y tres pendientes en cada oreja. Comprendía perfectamente lo que era conveniente, pero los placeres, la comodidad y la indiferencia le impedían realizarlo. Alejaba de su lado á todos los hombres serios y laboriosos, y se rodeaba de insignificantes petimetres, llamados *mignons* (donceles) con los cuales se divertía y á los cuales confiaba la dirección del Estado. Desde los comienzos de su gobierno tomó una actitud de hostilidad contra los hugonotes, procediendo así, como príncipe, para darse la importancia de jefe de partido y, como rey, porque los hugonotes eran hombres sencillos, activos y decididos, que no posponían sus creencias á los mandatos reales, que querían conservar su independencia y que se mostraban adversarios suyos. Para mostrar de un modo mas claro estos sentimientos, se casó con una princesa de Lorena. Mas adelante veremos cómo siguió un camino enteramente opuesto al que había tomado su madre. Esta, en un principio, se manifestó amiga de los hugonotes para llegar á ser, por el encadenamiento de los sucesos su mas mortal enemiga: Enrique III por el contrario comenzó por mostrarse decidido adversario, para irse aproximando cada vez mas á ellos, cuando conoció que no eran los peores enemigos de la monarquía.

Uno de los primeros actos de su gobierno fué el edicto en que, si bien prometía la libertad de conciencia, prohibió el público ejercicio de los cultos disidentes. La contestación que los hugonotes y políticos dieron á esta ley de intolerancia fué naturalmente redoblar la lucha, especialmente en las comarcas del Sudeste; la nobleza se declaró en ellas, así como en las provincias del Delfinado, Provenza y Borgoña, favorable á la alianza protestante. No se trataba de una guerra de religión, pues al frente de estas provincias se encontraba Enrique de Montmorency-Damville, hermano del prisionero mariscal Enrique, y hombre como este tan ca-

(1) Segismundo Cavalli.
(2) Véanse las relaciones de los venecianos.

tólico pero también tan enemigo de los Guisas y de su política, en el cual se encarnaba el nuevo feudalismo de los gobernadores de provincias: Enrique de Montmorency cuando se presentaba en público iba siempre acompañado de su guardia, y velaban su sueño una loba domesticada y el capitán Aragon, el hombre de mas fuerza de Francia. Los emisarios de la reina encontraban en él muy mala acogida, y entonces comenzó una lucha de la nobleza independiente y de los elementos independientes de las ciudades, contra la monarquía absoluta, en la cual tomó también parte contra esta última la clase media democrática. En el folleto *Vindicie contra tyrannos*, que apareció bajo la firma de Junio Bruto, predicó Huberto Languet su autor la resistencia á la ley y expuso las razones que había para oponerse á la dominación del poder y de las ficciones del monarca. Sus investigaciones exactas y circunspectas conducían á una conclusión temible y decisiva: la muerte de los tiranos. «Todos, decía, pueden gritar contra este mal como se grita: ¡fuego! y como al fuego pueden combatirlo con toda clase de instrumentos sin esperar la llegada de la policía.» El *Reveille-matin des Français*, obra de varios autores y testimonio elocuente para ulteriores investigaciones, rechazó públicamente la soberanía de los Valois y renegó de la patria, de la monarquía y de la ley. Las faltas de la monarquía habían suscitado de nuevo en Francia la cuestión de los principios constitucionales; y como cien años antes, en tiempo de Luis XI, volvió á hablarse de la «guerra del bien público.» La lucha que, desde fines del año 1574, sostenían las tropas reales en el Oeste y en todo el Sur no se veía ciertamente coronada por el éxito; el ejército real estaba mandado por el duque de Montpensier y por Enrique de Guisa, llamado el cari-cortado, primogénito del Francisco de Guisa, muerto delante de Orleans, y apenas había conseguido desalojar á sus enemigos de algunos lugares de escasa importancia. El partido católico fanático perdió, en las últimas semanas de 1574, al cardenal de Lorena, cuya muerte hizo decir á su aliada Catalina de Médicis: «Ha fallecido un hombre muy malo (3).»

Los descontentos ganaron mucho en consideración é influencia, cuando á ellos se unió el primer príncipe de la sangre, Francisco de Alençon. Este príncipe, que contaba veintinueve años, de pequeña estatura, bien desarrollado, de ruda fisonomía, de sensibilidad, pasiones y astucia femeniles, inconstante, ambicioso y codicioso, estaba detenido en cierto modo prisionero por su hermano, que le odiaba y despreciaba en extremo; pero en el otoño de 1575 consiguió el de Alençon llegar á sus posesiones de Dreux, donde publicó en seguida un manifiesto, en el cual decía que quería tomar á su cargo el gobierno y oponerse á los funestos golpes de los perturbadores de la tranquilidad del reino, y consignaba además la intención de convocar los Estados generales para asegurar al reino una paz feliz y duradera.

Este manifiesto fué bien acogido por todo el país, que estaba cansado de las eternas luchas civiles y de tanto derramamiento de sangre. Gran número de calvinistas y de católicos se adhirió á una proclama que prometía á los primeros el restablecimiento del edicto de enero de 1562. El mismo duque de Montpensier, que hasta entonces había sido uno de los católicos mas celosos y fanáticos, aceptó la fórmula del de Alençon, al rededor del cual se reunieron todos los que sentían todavía latir en su pecho un corazón francés. El príncipe recibió además auxilios del extranjero. Condé no había permanecido inactivo en Alemania, y había firmado con el príncipe elector Juan Casimiro del Palatinado un convenio, en virtud del cual este último se obligaba

(3) Juan de Serres, *Historia de las cosas notables*, pág. 534.